

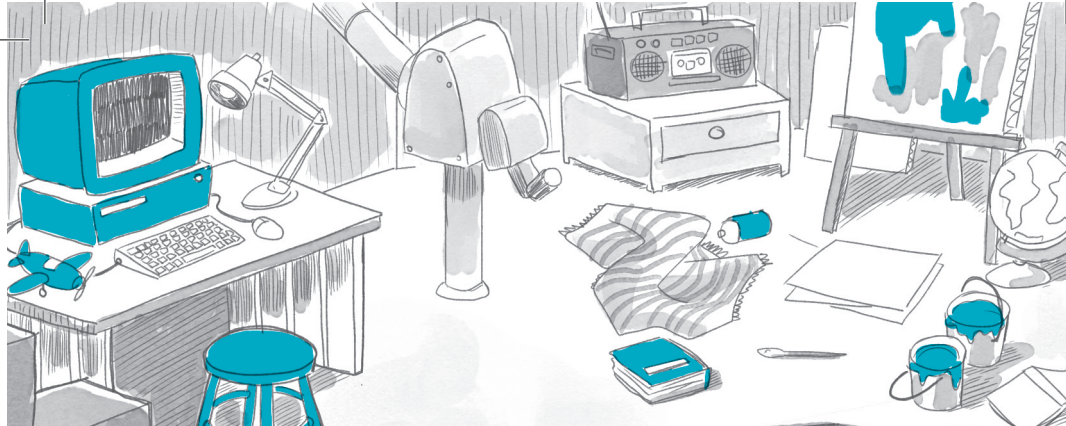
ZANDEP

¡Empiezan las preguntas!

Stefania Malacchini y María Luisa Furche R.

ZANDEP

Planeta
Junior




CAPÍTULO 1

Un mundo sin preguntas

¿Alguna vez has pensado en cuántas preguntas te haces durante el día? ¿12, 86, 534? Haz la prueba: toma un lápiz y tu libreta favorita, y llévalos contigo 24 horas. Desde que abres los ojos por la mañana hasta que despiertas de nuevo al día siguiente. Anota todas las preguntas que tengas. Mejor aún si recuerdas las que aparecen en tu mente mientras duermes. En especial esas que te hacen saltar de la cama de lo inquietantes que son. Yo ayer hice 795. Ya sabes, desde cuestiones simples, como «¿has visto mis zapatillas?», «¿qué temperatura hará mañana?», «¿quién puede traerme papel higiénico?», hasta otras más complejas, como **«¿y si todo esto no es más que un sueño?»**, **«¿hay alguien igual a mí en el mundo?»** o **«¿cómo sé que el refrigerador sigue ahí cuando no estoy en casa?»**.

Sin embargo, este mundo preguntón en el que vivimos tú y yo no es el mismo que habitan Mila y Leo. Estas chicas viven en un lugar donde los cuestionamientos escasean, casi no hay, son muy poquitos. Te lo juro: ¡los adultos no hacen preguntas! ¿Será que el signo de interrogación les da miedo? ¡Ajá! Sé lo que estás pensando: sí, claro que los grandes dicen cosas como «¿puedes subir el volumen del televisor?», «¿por qué no te has ido a acostar?», «¿hiciste la tarea?». Pero yo me refiero a



preguntas importantes, esas que incomodan, que hacen pensar y que tienen el poder de dar origen a inventos revolucionarios. Las que no aparecen de forma automática o mecánica, sino que cortan la rutina en dos y lo desordenan todo.

Por ejemplo, el día en que Mila le preguntó a su tío qué pasaba con nuestras ideas después de que moríamos, él casi se desmayó. Mila tuvo que darle un vaso de agua con azúcar y abanicarlo con un diario, hasta que volvió en sí. La respuesta, como era de esperar, no llegó. Ni siquiera se volvió a tocar el tema. O cuando Leo consultó con la veterinaria si era posible que los perros, al tener un olfato cincuenta veces más poderoso que el nuestro, vivieran en una realidad paralela que nunca podríamos conocer, porque simplemente no nos alcanzaba la nariz. La veterinaria le respondió «guau, guau» y se echó a reír, asumiendo que la chica le estaba tomando el pelo. Por supuesto, a Leo no le causó ninguna gracia pues hablaba muy en serio.

¿Crees que puede existir un mundo sin preguntas?
¿Qué pasaría si dejáramos de hacerlas? Sería un poco aburrido, ¿no? ¿Cuánto puede durar una conversación sin ellas?

Imaginemos que nos cruzamos en la calle y nos saludamos. Luego tú sigues tu camino y yo el mío. Tal vez, y solo tal vez, nos diríamos «¿cómo estás?», por costumbre y no como si de verdad quisiéramos conocer la respuesta. ¡Qué triste sería! En ese mundo falto de preguntas, tú nunca sabrías qué hice durante el verano, cuál es mi refrán favorito o en qué parte del cuerpo creo que guardamos los olores que nos evocan a alguien especial. Yo tampoco sabría si te gusta más el chocolate o la pizza, si crees que tienes talento para cantar o bailar, o ambos, o ninguno, o cuál es tu recuerdo más importante. Supongo que tampoco habría experimentos ni debates y nadie se desvelaría por las noches pensando. También sería di-


fácil conocer a alguien nuevo, participar en clases, jugar al *Adivina quién*. ¡Desaparecerían todas y todos los detectives, científicos y periodistas! Y esta historia tampoco existiría.

Por suerte, y a pesar de vivir en un sitio donde el signo de interrogación es una bestia en extinción, Mila y Leo nunca han dejado de verlo en todas partes. Tanto así, que ahora dan los toques finales a una fantástica creación. Las chicas están en su club secreto: un espacio pequeño y acogedor, con dos zonas claramente separadas, o al menos muy distintas. Algo así como el agua y el aceite, la arena y la nieve, el cielo y la tierra, ¿o el cielo y el mar?

Una está muy muy limpia y ordenada, tiene un computador antiguo, cajas apiladas de la más grande a la más chica y un amplio escritorio. Sobre este, se luce una colección de aviones a escala, con aeroplanos, modelos comerciales, supersónicos, de guerra, un zepelín y otro con forma de libélula. En las paredes, con una distancia exacta de un centímetro y medio entre sí, cuelgan planos técnicos de submarinos y motores, con un montón de piezas dibujadas con nombres y medidas. Un poco más lejos, una serie de herramientas ordenadas según su forma y función se exponen con hermosa simetría.

La otra zona está completamente desordenada, llena de pinceles tirados, géneros estampados y metales doblados. ¡Pareciera chirriar de tanta cosa acumulada! Sobresale un atril con una tela rebosante de pintura, algunas esculturas altas y otras robustas y una radio rectangular, de esas antiguas y pesadas que a veces pierden la señal. En las paredes hay frases pintadas, recortes de revistas y un espejo de cuerpo entero. Lo más increíble es una torre delgada y tambaleante de pequeños frascos de vidrio, cada uno con polvos de un color distinto: rojos, verdes, fucsias, celestes, morados, amarillos, naranjos. Son cerca de 38 y con un suspiro podrían volar por los aires, pero por alguna razón se mantienen en equilibrio.





No te preocupes si no entiendes del todo la lógica de este lugar, ya te contaré un poco más. Ahora, lo que realmente importa es lo que está ocurriendo justo en medio de estos dos polos: Leo lleva una mascarilla de soldadura, guantes y está terminando de apretar unas tuercas; Mila usa un delantal lleno de manchas y recoge su pelo para pintar los últimos resortes y pernos.

—¡¡Terminé!! —grita Mila, mientras se pinta un bigote largo y circular.

—¡Límpiate, Milanesa! No querrás que nuestro nuevo amigo te conozca así.

Mila no se limpia el bigote, en cambio intenta hacerle uno a Leo, que ahora corre por el club acechada por el pincel. Por suerte, Leo es mucho más ágil que su amiga y logra quitárselo de las manos y sumergirlo en un vaso con agua. Las niñas se sientan en el piso y miran al robot contentas. Están emocionadas y un poco cansadas. Llevan mucho tiempo trabajando. ¡Días, semanas, meses! Eso lo demuestran sus ojeras profundas y cabelleras enemistadas con la peineta.

Han hecho varias pruebas sin resultados felices. Esta versión no es ni por asomo parecida a la primera o la segunda. Es la número 17. A mí me gustaba la número 4, una con piernas cortas, brazos gruesos y una antena que parecía un colador. La versión 9 también tenía lo suyo: era larga, muy larga, tan larga que terminó doblada a la mitad. Mila trató de convencer a su amiga de que podía ser el primer robot con forma de puente o arcoíris, pero Leo no tranzó: «Una máquina que se aprecie por su ingeniería no puede estar doblada. Además, ¡sus ideas saldrían todas disparatadas!». Así llegaron al décimo intento y pensaron que lo habían conseguido: era un ensamble de las mejores piezas que encontraron. Tenía un brazo hidráulico que se alargaba y comprimía, y piernas regulables a tres alturas distintas. Hasta un GPS le pusieron. Las chicas estaban orgullosas de su creación, pero

al momento de encenderlo, la mano y las dos piernas salieron disparadas cada una por su lado y quedó solo el tronco con un brazo flojo. El robot parecía una aspiradora y desde un pequeño parlante hablaba el GPS con un acento extraño: «A trescientos metros, gire a la derecha, estacionese, cruce los rieles del tren y vuelva a casa».

Siete intentos fallidos después, aquí estamos.

—Repasemos que esté todo en orden —Leo saca una libreta de su bolsillo y de su pelo un lápiz—. ¿Diccionario?

—¡Check!

—¿Módem?

—¡Adentro!

—¿Atlas?

—Guardado. Creo que le falta una parte de Estados Unidos.

—No importa, igual es muy grande. Y lo que falte, se lo contamos.

—¿Libros de terror? *Check*. ¿Y los de ciencia ficción? Sí, sí, sí. ¿Novelas románticas? ¡Puedes apostar! ¿Y cassetes, cedés, vinilos? ¡*Check, check, check!* —se responde Mila a sí misma, adelantándose a su amiga.

—¡Mila Hortensia! No pediste aprobación para nada de eso.

—Solo quiero asegurarme de que Zander sea un alma sensible. Vi cuando le pusiste un libro de poesía, Leona, pensé que estaba permitido.


Leo se pone roja hasta las orejas, baja la vista y se hace la desentendida.

—¿Poesía? Eh... No lo recuerdo, quizás me confundí con el manual de termodinámica. Está bien, está bien... Mejor vamos a despertarlo.

—¡Espera, falta algo!

Mila corre hacia el rincón más desordenado del club secreto, hunde su cabeza entre los objetos y arroja algunos hacia atrás. Leo los esquiva a tiempo, acostumbrada a los movimientos de su amiga. Después de unos





segundos, la chica encuentra lo que busca: una calcomanía con un símbolo antiguo, un monstruo de dos cabezas que según ellas las representa a la perfección. Se lo pega al robot al costado de una pierna, le da dos palmadas y le hace un guiño a Leo.

—Si tiene nuestro sello, no fallará.

Las niñas chocan las palmas y se esconden detrás de un refugio improvisado. Cada una se pone un casco de bicicleta y unas gafas que parecen espejos de colores, donde se refleja el robot, que descansa en un nido de cables. Las amigas se toman de la mano, se miran, sonríen. Juntas cogen la palanca de encendido que transmitirá la corriente necesaria para —quizás— despertar a Zander. Con las manos temblorosas, bajan la palanca.

Sonidos de encendido y apagado, fiuu, piuu, llenan el lugar. Chispas de colores saltan por los aires y las luces parpadean. Leo duda un segundo, tal vez no conectó bien los cables o cambió una pieza por error. Mila teme que la pintura se haya filtrado por las rendijas del metal y haya humedecido el sistema eléctrico. ¿Y si dibujó mal los planos? ¡Ay, no!, piensan las dos al mismo tiempo y se observan: han aprendido a hablar con la mirada. *Hemos hecho todo bien, nada puede salir mal*, se repiten para alejar los malos pensamientos. Los sonidos se intensifican. Sale olor a quemado.

Mila y Leo cierran los ojos, una luz amarilla las encandila.

¡Hey, espera un momento! ¿Ya te preguntaste quiénes son estas chicas y por qué están haciendo un robot? Después de todo, es un poco raro. No es que se construyan robots todos los días. O al menos no en un mundo donde los cuestionamientos grandotes asustan y se evitan. Imagínate la cantidad de preguntas que se hicieron Mila y Leo antes de este momento:

¿Qué materiales necesitaremos? ¿Qué comerá un robot? ¿En qué idioma hablará? ¿Cumplirá años? ¡Cla-

ro que sí!). Y cuando se resfríe, ¿cómo serán sus mocos?
¿Qué pasa si nos cae mal? ¡¿O si nosotras le caemos
mal?!... ¿Y si es mañoso, mal genio o escandaloso? ¿O si
se rebela? ¡Queremos que se rebele!

Y así, todo el día, una lluvia de dudas. Pero, por lejos,
lo que más se preguntan, entre ellas y en silencio, es:

¿Despertará Zander?

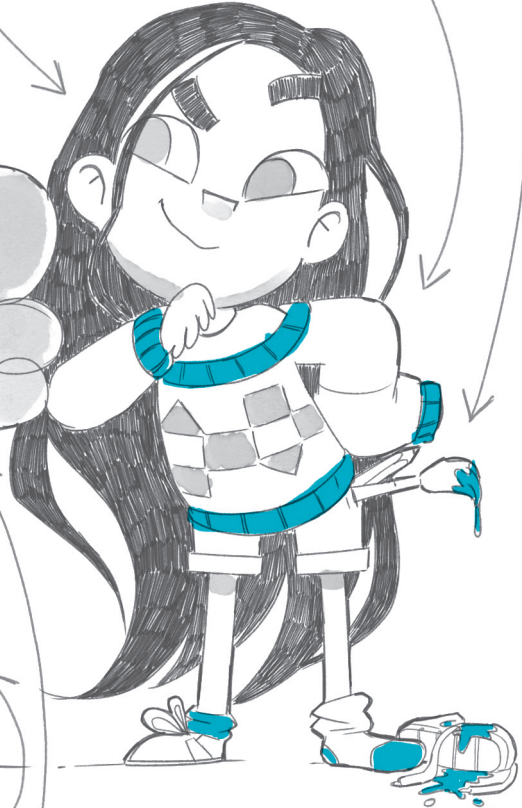


CHAQUETA ULTRA CÓMODA
CON MUCHOS BOLSILLOS

PINCEL APTO PARA
CUALQUIER SUPERFICIE

PELO CON
VIDA PROPIA

CHALECO TEJIDO
POR SU ABUELA



HERRAMIENTA
INFALTABLE

LÁPIZ LISTO PARA
PROYECTAR IDEAS

BOTOTOS TODO
TERRENO

CALCETINES DISTINTOS
QUE SIEMPRE COMBINAN